

vocaciones y disputas. Como el idioma alemán posee, además de las palabras *Gefühl* (sentimiento), otra casi equivalente *Empfindung* (sensación), sería conveniente reservar esta última para las sensaciones corporales, considerándolas como un subgénero del sentimiento en general. El origen de este concepto del sentimiento no es comparable al de ninguna otra noción abstracta, y debe ser sin duda, el siguiente. Los conceptos todos (y las palabras no expresan otra cosa) no existen más que para la razón y no proceden más que de ella, éste es ya un punto de vista unilateral. Colocados en semejante punto de vista, todo lo que está cerca nos parece distinto y lo admitimos como positivo; mas lo lejano resulta confuso y nos parece meramente negativo; así los hombres de una nación llaman á todos los demás extranjeros; los griegos llamaban á todos los demás, bárbaros, y el inglés á todo lo que no es Inglaterra ni británico *continental* ó *continental*; el creyente llama á los demás paganos ó herejes; el noble, villanos; el estudiante, *filisteos*, etc. El mismo exclusivismo y, puede decirse, la misma grosera ignorancia nacida del orgullo, son imputables á la razón misma, por extraño que parezca, cuando comprende en el único concepto del *sentimiento* toda modificación de la conciencia que no pertenece á su *propia* manera de percibir; es decir, *que no es noción abstracta*. Como sus propios procedimientos no habían llegado á ser bastante claros para ella mediante un examen profundo de sí misma, ha pagado su culpa hasta ahora con equivocaciones y errores cometidos en su terreno mismo, puesto que se llegó hasta á establecer una facultad especial del sentimiento, fundando en seguida su correspondiente teoría.

#### § 12.

El *saber*, cuyo término contradictorio es ese concep-

to del sentimiento que acabo de exponer, es, como he dicho, el conocimiento abstracto, ó sea, el conocimiento de razón. Pero como la razón no nos da á conocer jamás sino lo que recibe de otra parte, no amplía, en verdad, el campo de nuestros conocimientos y solamente les da otra forma. Lo que conocemos intuitivamente en concreto, nos lo hace conocer ella bajo una forma abstracta y general. Este punto es infinitamente más importante de lo que parece, tal como le hemos expresado. Todo almacenamiento seguro de nuestros conocimientos, todo medio de comunicarlos, así como de aplicarlos exactamente y en gran escala, depende de que han llegado á ser un *saber*, un conocimiento abstracto. El conocimiento intuitivo se refiere siempre al caso particular, va al más próximo y tiene que detenerse porque la sensibilidad y el entendimiento no pueden abarcar más que un *solo objeto* á la vez. Toda actividad sostenida, complicada, metódica, tiene que proceder de principios, es decir, de un saber abstracto, y tiene que ser dirigida por ellos. Por ejemplo, el conocimiento que posee el entendimiento de la relación de causa á efecto en sí, es ciertamente mucho más perfecto, mucho más profundo y completo que lo que se puede pensar en abstracto: el entendimiento, por sí sólo, reconoce intuitiva, directa y completamente cual es la forma de la acción de una polea ó de una rueda de engranaje, ó la manera como una bóveda descansa sobre sí misma, etc. Pero á causa de ese carácter, que hemos observado en la intuición, de no pasar de lo que está inmediatamente presente, el entendimiento sólo no basta para construir máquinas y edificios, es necesario que venga la razón á poner nociones generales en el lugar de las intuiciones; que se valga de los conceptos para dirigir el trabajo, y si éstos son exactos, el buen éxito está asegurado. Asimismo, reconocemos

perfectamente en el terreno de la intuición pura, la naturaleza y las leyes de una parábola, de una hipérbola ó de una espiral; mas para asegurar á este conocimiento una aplicación dentro de la realidad, ha sido necesario que se transformara en saber abstracto, perdiendo, á la verdad, su carácter intuitivo, pero ganando la certeza y fijeza del saber abstracto. El cálculo diferencial no aumenta la suma de nuestros conocimientos relativos á las curvas; no contiene nada más que lo que ya contenía la pura y simple intuición, pero modifica la naturaleza del conocimiento; de intuitivo le convierte en abstracto, haciéndole producir de este modo las consecuencias más fecundas en aplicaciones.

Debemos examinar ahora una propiedad de nuestra facultad de cognición que no puede estudiarse hasta que no se dilucida perfectamente la diferencia entre el conocimiento abstracto y la intuición. Esta propiedad consiste en que las relaciones de espacio no pueden ser transportadas directamente, como tales, al conocimiento abstracto, sino solamente las cantidades en el tiempo, es decir, los números. Sólo los números pueden ser expresados por nociones abstractas que correspondan exactamente á ellos: las cantidades en el espacio no lo admiten. El concepto *mil* difiere del *diez* exactamente lo mismo que difieren entre sí ambas cantidades de tiempo en la intuición; al decir mil, pensamos en un múltiplo determinado de diez, y podemos descomponer á voluntad ese múltiplo para el servicio de la intuición en el tiempo, ó en otros términos, podemos contarle. Pero entre el concepto de una legua y el de un pie sin representarnos intuitivamente ambos espacios, ni recurrir á los números, no hay diferencia alguna precisa correspondiente á estas cantidades. Lo que ambas ofrecen á nuestra razón no es más que una noción de cantidad extensa en el

espacio, y para poderlas comparar de un modo suficiente se necesita, ó bien recurrir á la intuición del espacio, abandonando por consiguiente el terreno del conocimiento abstracto, ó bien concebir la diferencia en números.

Cuando se quiere tener un conocimiento abstracto de las relaciones del espacio, es preciso que previamente sean reducidas á relaciones de tiempo, es decir, á números. He aquí por qué la aritmética y no la geometría es la ciencia general de las cantidades. Para que la geometría pueda ser enseñada, para que tenga precisión y para que se haga aplicable en la práctica, necesita traducirse en fórmulas aritméticas. Se puede pensar en abstracto una relación de espacio como tal, por ejemplo: «El seno está en proporción directa del ángulo;» pero si se quiere indicar la magnitud de esta relación, es forzoso acudir á los números. Lo que hace á las matemáticas tan difíciles, es precisamente esa necesidad de traducir al espacio con sus tres dimensiones en noción de tiempo, que no tiene más que una, siempre que se quiere adquirir un conocimiento abstracto, (es decir, *saber*, y no percibir intuitivamente). Esto se hace evidente cuando se compara la vista de las curvas con su cálculo por medio del análisis ó las tablas de logaritmos de las funciones trigonométricas con el aspecto intuitivo de las relaciones variables entre los elementos del triángulo, que expresan estos logaritmos. ¡Qué inmensas combinaciones de cifras, qué fatigosos cálculos han sido necesarios para expresar en abstracto lo que la intuición percibe de un sólo golpe, por completo y con la mayor exactitud, á saber, que el coseno disminuye á medida que aumenta el seno; que el coseno de uno de los ángulos es el seno del otro, la relación inversa de crecimiento y de disminución de los ángulos, etc.! ¡Cuánto no ha tenido

que ponerse en tortura el tiempo, con su *única* dimensión, para llegar á expresar las tres dimensiones del espacio!

Pero esto era indispensable desde el momento en que queremos poseer, almacenadas en nociones abstractas, las relaciones del espacio, con la mira de aplicarlas; estas relaciones no podían depositarse inmediatamente en los conceptos, y ha sido forzoso recurrir como intermediarios á los números, á las cantidades del tiempo puro, que son las únicas que se prestan inmediatamente al conocimiento abstracto. Un hecho digno de notarse es que cuanto más apropiado á la intuición es el espacio, y más fácilmente abarca relaciones complicadas mediante sus tres dimensiones, más se sustrae, por el contrario, al conocimiento abstracto; á la inversa, el tiempo se presta sin dificultad á las nociones abstractas y da muy poca materia á la intuición.

Nuestra percepción de los números en su elemento propio, en el tiempo puro independiente del espacio llega apenas al número diez, más allá no tenemos de los números más que una noción abstracta y no un conocimiento intuitivo. En cambio significamos una idea abstracta bien precisa con todo nombre de número y toda expresión algebraica.

Observemos de pasada que hay espíritus que sólo encuentran plena satisfacción en lo que conocen intuitivamente. Lo que quieren es la reproducción bien perceptible de las *razones de ser en el espacio* y de sus resultados; una demostración de Euclides, ó una solución aritmética de un problema de geometría no les interesa; otros, por el contrario, no piden más que nociones abstractas, que son las únicas que pueden emplearse y transmitirse; tienen éstos la paciencia y la memoria necesarias para las proposiciones abstractas, para las fórmulas, para las demostraciones por medio de larga serie

de silogismos y para los cálculos, cuyos signos representan las abstracciones más complicadas. Estos buscan la certeza, aquéllos lo intuitivo. La diferencia es característica.

La importancia del saber ó conocimiento abstracto, consiste, ante todo, en la posibilidad de transmitirlo y de conservarlo invariable; de este modo es como adquiere todo su valor para la práctica. Se puede tener en el entendimiento, y aún satisfacerse con él, un conocimiento directo é intuitivo del enlace causal que relaciona las modificaciones y los movimientos de los cuerpos naturales, pero este conocimiento no se hace capaz de ser comunicado hasta que se le fija en conceptos. El conocimiento intuitivo es suficiente hasta para la práctica, cuando el que le posee trata de ejecutar por sí solo alguna obra, y sobre todo, para los actos que pueden efectuarse cuando la intuición está viva todavía; pero esto no es posible desde que se necesita la ayuda de otra persona, ó un acto propio que no puede realizarse sino en muchas veces, y que exige por consiguiente un plan reflexivo. Un hábil jugador de billar, por ejemplo, puede poseer perfectamente en su entendimiento, y por intuición inmediata tan sólo, el conocimiento de las leyes del choque de los cuerpos elásticos entre sí, y esto le basta; pero sólo el que ha estudiado la mecánica sabe esas leyes, es decir, tiene conocimiento abstracto de ellas. El conocimiento intuitivo es suficiente hasta para la construcción de una máquina, cuando el inventor la fabrica por sí mismo, como se ve con frecuencia en algunos obreros de talento, desprovistos de toda instrucción científica; mas si para efectuar una operación mecánica, para construir una máquina ó un edificio, se necesita el concurso de muchos hombres y una actividad que se reanuda con diversos intervalos, es indispensable que el que

dirige los trabajos haya concebido su plan en abstracto, pues sólo con ayuda de la razón se hace posible semejante concurso de actividades.

Lo que hay de notable en esto es que en los actos de la primera especie, mediante los cuales ejecuta un hombre alguna cosa por sí solo y con un trabajo sin interrupciones, el saber, el empleo de la razón ó la reflexión le sería perjudicial las más de las veces, como, por ejemplo, en el juego del billar, en la esgrima, al afinar un piano, en el canto, etc.; en todas estas circunstancias, el conocimiento intuitivo debe guiar directamente á la actividad; el paso al través de la reflexión hace incierta la actividad, por cuanto divide la atención y turba al espíritu. Esta es la causa por la cual los salvajes y los hombres incultos; poco acostumbrados á pensar, ejecutan ciertos ejercicios corporales, como domar animales, lanzar flechas, etc., con una seguridad y una rapidez que el europeo, habituado á reflexionar, no consigue nunca, precisamente porque la reflexión le hace vacilar y gastar tiempo en dilaciones. Por ejemplo, buscará cuál es el mejor lugar ó el momento más oportuno por su situación entre dos extremos igualmente malos; el hombre de la naturaleza los descubre inmediatamente sin necesidad de tantos rodeos. Asimismo, de nada me servirá saber en abstracto, en grados y minutos, el ángulo que debo dar á mi navaja de afeitar si no le conozco intuitivamente, es decir, si no le tengo en los dedos. El razonamiento produce la misma confusión cuando se trata de descifrar una fisonomía; este es también un trabajo que se hace inmediatamente por el entendimiento; la expresión, la significación de los rasgos del semblante se *siente*, como suele decirse, y no es por lo tanto asunto que corresponda á las nociones generales. Todo hombre tiene por intuición é inmediatamente su

*fisiognomía* y su *patognomía* propias: unos ven con más claridad y otros con menos esta *signatura rerum*. Pero es imposible llegar á componer una *fisiognomía* destinada á ser aprendida y enseñada, pues en esta materia los matices son tan finos que los conceptos no pueden descender á ellos. Puede decirse que el saber abstracto es á estas delicadas tintas, lo que un cuadro de mosaico á un Wander Werft ó á un Denner. De igual manera que en el mosaico más fino los límites de las piedras permanecen siempre distintos y no puede haber transiciones insensibles de un matiz á otro, los conceptos son incapaces, por finamente que se les quiera subdividir valiéndose de una determinación más precisa, de llegar con su inflexibilidad y su deslinde manifiesto á las sutiles modificaciones de lo intuitivo, y éste es precisamente el punto importante en la fisiognomía que he tomado aquí por ejemplo (1).

Esa misma propiedad de los conceptos que les hace asemejarse á las piedras de un mosaico, y por virtud de la cual la intuición es siempre su *asíntota* es causa de que no puedan producir nada bueno en las artes. Si un

(1) Por esta causa, soy de opinión que la fisiognomía no puede pasar, sin riesgo de extraviarse, de ciertas reglas generales como las siguientes, por ejemplo: la inteligencia se lee en la frente y en los ojos; las aptitudes morales, las manifestaciones de la voluntad, se revelan en la boca y en la parte inferior del rostro; la frente y los ojos se explican mutuamente, y no es comprensible más que á medias una de estas partes sin la otra; el genio no se concibe sin una frente ancha, espaciosa y bien formada; pero la proposición inversa no es siempre verdadera: por el aire inteligente puede conjeturarse el ingenio, con tanta mayor seguridad cuanto más feo sea el rostro; y al contrario, puede deducirse la estolidez del aire de imbecilidad con mayor certeza, cuanto más bello es el semblante, pues la belleza, cualidad propia del tipo humano, lleva en sí una expresión de claridad intelectual, y lo contrario sucede con la fealdad, etcétera, etc.

cantor ó un músico quisieran regular por medio de la reflexión su canto ó su ejecución, fracasarían. Lo mismo puede decirse del compositor, del pintor y aún del poeta. En el arte, el concepto es estéril; no puede guiar más que en la parte técnica; su terreno es la ciencia. En el libro tercero examinaremos más detenidamente por qué el verdadero arte procede siempre de la intuición y nunca de los conceptos. Las nociones abstractas no tienen tampoco más que un valor negativo en lo tocante á la conducta y al encanto de las maneras; no pueden hacer más que reprimir los arranques groseros del egoísmo y de la brutalidad, y en este sentido les debemos un resultado tan meritorio como la cortesía. Pero la atracción, la amabilidad, el encanto del comercio social, lo que las maneras tienen de amigable y afectuoso no puede venir del raciocinio, pues

«desde que se ve la intención, nos indispone.»

Todo disimulo es obra de la reflexión, pero no puede durar indefinidamente y sin interrupciones: *nemo potest personam diu ferre fictam*, dice Séneca en el libro *De Clementia*; y fuera de esto, no consigue la mayor parte de las veces el fin apetecido. La razón es útil, sin duda, pero si en el tumulto borrascoso de la vida se sobrepone demasiado, cuando las circunstancias exigen rapidez en la resolución, audacia en las acciones, vivacidad y energía en la iniciativa, introduce un elemento de confusión, y pone obstáculos al entendimiento, que nos haría encontrar y seguir, de un modo intuitivo é inmediato, el camino más conveniente. La razón nos deja indecisos y podría con facilidad echarlo todo á perder.

Por último, la virtud y la santidad no se derivan tampoco de la reflexión, sino de profundidades íntimas de la voluntad y de su relación con el conocimiento.

Trataré en otro lugar de este asunto, y todo lo que quiero decir aquí, en abstracto, es que los dogmas morales pueden ser los mismos para todo un pueblo, y los actos de cada individuo diferentes, y viceversa; pues la conducta como la palabra viene del *sentimiento*, lo que equivale á decir que no procede de conceptos, al menos en lo tocante á su valor moral. Los dogmas ocupan á la indolente razón; pero independientemente de ellos, la conducta sigue su camino, guiándose casi siempre por máximas no abstractas, sino tácitas, y cuya expresión es precisamente lo que caracteriza al hombre. Por diferentes que sean los dogmas religiosos de los pueblos, en todas partes una buena acción va acompañada de satisfacción indecible, y una mala acción de terror infinito; ninguna burla puede disipar aquella alegría, ni absolución alguna de confesor puede librar de este sentimiento de terror. Con todo, no trato de negar que el uso de la razón sea útil para la virtud; quiero decir tan sólo que no es la fuente de ésta. Su misión, completamente subordinada, consiste en mantener las resoluciones adoptadas y en recordar al espíritu las máximas, á fin de fortalecerlos contra las flaquezas momentáneas y de dar unidad á nuestra conducta. Es la misma misión que desempeña en la esfera del arte, donde en suma no puede hacer otra cosa que prestar su apoyo á la ejecución, pues el espíritu no está dispuesto á todas horas, y la obra debe ser acabada en todas sus partes, al par que perfecta en su conjunto.

### § 13.

Todas estas consideraciones concernientes á las ventajas y desventajas del empleo de la razón tienden á hacer ver con claridad que el saber abstracto, aunque es el

reflejo de la representación intuitiva y está fundado en ella, no se identifica con esta representación hasta el punto de que pueda reemplazarla en todas partes; ni siquiera se corresponden ambos jamás completamente; de donde resulta, como hemos visto, que si muchas acciones humanas no pueden ejecutarse más que con ayuda de la razón y de la reflexión, otras se efectúan mejor sin su concurso. Esta misma disparidad entre el conocimiento intuitivo y el conocimiento abstracto, que hace que el último no se parezca al primero más que como un mosaico se parece á un cuadro, es también causa de un fenómeno muy singular que, de igual manera que la razón, es exclusivamente propio de la naturaleza humana y que muchas veces, pero siempre en vano, se ha tratado de explicar: me refiero á la *risa*.

No podemos menos de hablar en este lugar de tal fenómeno, atendido su origen, aunque esto detenga nuevamente la marcha de nuestra exposición. La *risa* proviene siempre y depende tan sólo de que observamos súbitamente la disparidad entre un concepto y el objeto real que relacionamos con él en nuestro pensamiento, de cualquier manera que sea. La misma risa no es más que la expresión de semejante disparidad. Esta se manifiesta muchas veces cuando atribuimos á varios objetos reales, concebidos por el pensamiento en un sólo concepto, la identidad de éste, y enseguida nos sorprende su divergencia total en todo lo restante, haciéndonos comprender que el concepto no se aplicaba á aquellas cosas más que bajo cierta relación. Pero también ocurre muchas veces que lo que nos sorprende súbitamente, es la incongruencia de un sólo objeto real con el concepto en que ha sido comprendido, con razón, bajo otro aspecto. Cuanto más justificada esté, por una parte, la inclusión de aquellas realidades en el concepto, más acentuada y

radical será, por otra, su incongruencia con él, y más poderoso, por consiguiente, el efecto risible resultado de este contraste. La risa resulta, pues, de una inclusión paradójica, y por lo tanto, inesperada, de una cosa en un concepto *subsunción* ya en las palabras, ya en los actos. Tal es sucintamente la verdadera teoría de lo risible.

No me detendré á referir anécdotas que puedan servir de ejemplos de lo risible, para hacer más clara mi explicación. Mi teoría es tan sencilla y tan comprensible que no lo ha menester; todas las cosas risibles que el lector recuerde podrán servirle de pruebas. Pero lo que viene á confirmar mi explicación, y al mismo tiempo á hacerla más precisa, son las dos especies, en las cuales se divide lo risible, división que se desprende precisamente de dicha explicación. O bien se trata de dos ó más objetos reales muy diferentes, de representaciones intuitivas que han existido, primero en el conocimiento y que luego han sido arbitrariamente identificadas porque las contiene un concepto único, género de lo risible que se llama *agudeza*; ó bien, á la inversa, el concepto es lo que primeramente conocemos y de él se pasa enseguida á la realidad y á nuestro modo de obrar sobre la realidad, es decir, á la conducta práctica. Objetos enteramente diversos, pero que el pensamiento concibe por el mismo concepto, son considerados y tratados todos de la misma manera, hasta que las demás cualidades que los diferencian, se manifiestan con gran sorpresa y asombro del individuo apercebido para la acción: este género de lo risible se llama *extravagancia*. Por consiguiente, lo risible es una idea ingeniosa ó una acción extravagante, según que se pase de la discordancia de los objetos á la unidad del concepto ó viceversa. La agudeza es siempre voluntaria, la extravagancia, involuntaria siempre y se

impone desde fuera. El talento del bufón de corte ó de Arlequin consiste en invertir de una manera ficticia este punto de partida, y en ocultar el ingenio bajo la máscara de la extravagancia. El bufón, teniendo pleno conocimiento de la diversidad de los objetos, los unifica en un mismo concepto, ocultando su malicia; después, partiendo de ahí, descubre la disparidad efectiva de aquellos y se asombra, como si no hubiera preparado él mismo su sorpresa. Esta teoría, con ser tan corta, basta para explicar lo risible. De ella se infiere, exceptuando esa categoría de personas cuyo oficio es hacer reír, que el ingenio se manifiesta siempre en palabras, y la extravagancia, las más de las veces, en acciones; pero se puede ser también extravagante en las palabras, y sucede esto cuando se anuncia una intención sin ejecutarla, ó cuando la extravagancia se manifiesta en juicios ó en opiniones.

A la extravagancia pertenece también la *pedantería*. Tiene ésta su origen en la escasa confianza que inspira el propio entendimiento; el pedante no se atreve á dejar al entendimiento la elección del partido más conveniente en cada caso particular; le coloca siempre bajo la tutela de la razón, y se atiene rigurosamente á ésta, es decir, á las nociones generales, á las reglas y á las máximas, para obedecerlas en todas las circunstancias de la vida, en el arte, y hasta en la conducta moral. A esto se debe el que los pedantes se apeguen tanto á la forma, á las maneras, á la expresión y á las palabras, que reemplazan para ellos, la sustancia de las cosas. Pero bien pronto dejan ver la incongruencia entre el concepto y la realidad; y se advierte entónces cómo la noción abstracta no descende jamás á los pormenores, y cómo su generalidad y la rigidez de su precisión no pueden adaptarse nunca á los finos matices y á las modificaciones

variadas de la realidad. Así se explica que el pedante, con todas sus máximas generales, se encuentre desprevenido en la vida, y se muestre torpe, insípido é inútil. En el arte, en cuya esfera el concepto es estéril, no produce más que abortos inanimados, llenos de amaneramiento y de afectación. Hasta en la moral misma, el propósito de conducirse con probidad ó con generosidad, no puede realizarse siempre por virtud de máximas abstractas. En muchos casos, la naturaleza y los finos matices de las circunstancias, exigen que el hombre no consulte directamente más que su carácter, para elegir la senda mejor. La mera aplicación de máximas abstractas da á veces malos resultados, porque los preceptos no son aplicables más que á medias, y en otras ocasiones no puede efectuarse porque aquéllos son contrarios al carácter individual, del que no es dable prescindir, resultando de ahí inconsecuencias. Kant no puede librarse del reproche de impulsar á la pedantería en moral, cuando establece para apreciar el valor ético de un acto, la condición de que debe proceder de puras máximas de razón abstracta, sin inclinación y sin movimiento espontáneo; este reproche se desprende también de un epigrama de Schiller, titulado *Escrúpulo de conciencia*. Cuando se habla, sobre todo en política, de doctrinarios, de teóricos, de eruditos, etc., lo que se entiende por tales, es pedantes, es decir, gentes que conocen las cosas en abstracto y las ignoran en concreto, cuando los detalles son lo importante en la práctica.

Para completar esta teoría de lo risible, hay que mencionar una falsa especie de agudeza: el juego de palabras, ó *calembour*, junto al cual se clasifica el *equivoco*, cuyo uso principal consiste en expresar una obscenidad. Así como la agudeza incluye en un mismo concepto dos objetos reales diferentes. El *calembour*, apro-